

A QUEMARROPA

www.semananegra.org



GIJÓN, 13 de julio de 2014 • DIARIO DE LA SEMANA NEGRA • DECANO DE LA PRENSA NEGRA MUNDIAL • ÉPOCA XXVII • GRATUITO • Nº 10

TODO PARA EL PUEBLO



BLANCO ARTIFICIAL

Por Kike Ferrari

Página 4

FINALISTA DEL CONCURSO DE
RELATOS NEGROS SEMANA NEGRA 2014

□ Llega a su fin este grandísimo cronopio y lo hace siendo fiel a sí mismo y a la máxima sacrosanta que resumía una hermosa canción de Carlos Puebla que también cantaban los Quilapayún: «Soy del pueblo, pueblo soy, y adonde me lleve el pueblo voy». Tenemos treinta años gracias al pueblo de Gijón, a esa mayoría silenciosa que nos ha alargado el contrato un año más llenando las ruinas venerables de este viejo astillero que es meca de la lucha por un mundo mejor. Ayer regalamos mil ejemplares de un libro que a nosotros no nos sale barato producir, pero que a todo aquél que se acercó a la Carpa del Encuentro le salió gratis. Gratis, porque gratis deben ser la lectura, la cultura, el conocimiento, la educación, la salud, la vida, la paz, la gloria. Porque es de malnacidos hacer mercadería de ciertas cosas. Gracias por todo, pueblo de Gijón, pueblo de Asturias, pueblos de España, pueblos del mundo, gentes de Argentina, de Rumanía, de Italia, de Senegal, del Sáhara Occidental. Comienza la XXVIII.

DOS HOMBRES DE NEGOCIOS

Por Francisco Bescós Menéndez de la Granda

Página 5

GANADOR DEL CONCURSO DE
RELATOS NEGROS SEMANA NEGRA 2014

El recorte

por VÍCTOR MUIÑA FANO

51 semanas grises

Reconozco que la idea era titular este último recorte, a modo de despedida, algo así como «51 semanas blancas» en oposición a ésta, negra, que cada año acogemos en Gijón; sin embargo, finalmente he decidido oscurecer el tono por varios motivos: por un lado, intuyo que durante los próximos doce meses seguiremos oyendo hablar de crímenes. Que la mayoría vayan a ser de guante blanco no les priva de sus matices turbios; por otro, el trabajo que cristaliza en estos diez días que hoy despedimos se lleva a cabo a lo largo de las otras cincuenta y un semanas del año que, por tanto, como pueden ver, no se pueden calificar de blancas bajo ningún punto de vista.

Ya me perdonarán, pero, aunque suene aburrido, toca hacer balance: se acaban diez días de cultura y jarana embutidos en los terrenos de la Naval. No sé si la proporción entre las dos almas del festival les ha parecido la correcta, pero diría que ambas han sido su-

ficientemente grandes como para que nadie se haya quedado fuera, ni de una charla, ni de la noria. Ahora, sin solución de continuidad, empiezan 355 días de preparativos, así que hagan el favor: si tienen algún ruego, queja o petición, éste es el momento de comunicarlo. No vengán a quejarse en julio del año que viene porque, gestionando más de un centenar de encuentros culturales, no hay margen para la improvisación. Yo, por mi parte solicitaría, humildemente, que algunos encuentros durasen un poquito más, porque la Semana Negra ofrece muchos estímulos de todo tipo y en ocasiones provocan que los propios invitados tarden en entrar en materia. Luego, cuando por fin rompen a sudar, se les acaba el tiempo. También en el terreno de las quejas, pediría que si alguien se levanta un día con ganas de denunciar a la Semana Negra ante la justicia se dé un poco de prisa, por aquello de saber a qué atenerse. A ver si por una vez, y

ya que tenemos que soportar la peor de las maldiciones gitanas —«tengas pleitos y los ganes»—, podemos tenerlo todo resuelto para primavera.

En cualquier caso, diría que el saldo es netamente positivo por el simple y mero hecho de que la Semana Negra ha acontecido. Como algunos de nosotros, ha ido sobreviviendo a los peores años posibles —ya van unos cuantos— y, precisamente por ello, cada vez que un gijonés ponga un pie en el festival, ya sea para ir a una charla o para bailar música tecno, debería mirar alrededor y preguntarse de qué otro modo podría disfrutar una ciudad como Gijón de la presencia de varios autores de fama internacional, diversos conciertos musicales diarios y, por supuesto, diez días de diversión apta para todos los públicos. Lo digo con total seriedad: el próximo verano, cuando estén yendo hacia el recinto del ferrial, comparen con cierto rigor nuestra

ciudad con ésta que se le adhiere todos los años para nuestro disfrute. Si consiguen imaginar cómo debería ser, proporcionalmente, un certamen de estas dimensiones si se celebrase en una de las grandes ciudades españolas, no estarán siquiera acercándose a visualizar la importancia que tiene éste para Gijón, porque aquí, lo sabemos todos, su existencia va a contracorriente. En Asturias, lo que funciona es desmontar cosas y dejar un vacío en su lugar. Ésa es nuestra triste especialidad.

Para los que trabajamos en ella, la Semana Negra es tan intensa que, un par de días después de su inicio, creemos que lleva en marcha varios meses. Ahora, tendremos todo el año para acostumbrarnos de nuevo a estar sin ella. Compañeros: dormid bien, reponed fuerzas, porque dentro de un año puede que unas cuantas cosas hayan cambiado por Gijón, pero la Semana Negra regresará para cumplir 28 años junto a nosotros.



AYER, EN LA CARPA BIBLIOASTURIAS.COM...

... hubo cuentacuentos, charlamos con **Luis García Montero**, conocimos el informe Raxen contra la xenofobia y el racismo, **Albert Monteys** presentó *Versión infantil* y **Alicia Andrés Ramos** *Melancolía y otros pájaros*, y cerramos la carpa debatiendo sobre experiencias en talleres de lectura en las bibliotecas públicas.



ASOCIACIÓN SEMANA NEGRA

Presidente: Susana Quirós
Tesorero: Ceferino Menéndez

Director del Comité Organizador SN:
José Luis Paraja

A QUEMARROPA

Dirección: Pablo Batalla Cueto

Redacción: Christian Bartsch
Victor Muña Fano

Colaboradores: Ángel de la Calle
Jesús Palacios
Javier Cayado Valdés
Eduardo Morales

Fotografía: José Luis Morilla

Preimpresión: Morilla Fotocomposición

Imprime: Imprenta Mercantil

LUCHA OBRERA

«¡Aquí están, éstas son, las mujeres del carbón!». Con un público enfervorecido gritando ésta y otras consignas comenzó ayer en la Carpa del Encuentro una vibrante mesa redonda sobre las mujeres del carbón, que fue moderada por **Rubén Vega** y contó con la participación de mujeres provenientes de León, de Toledo, de Aragón y, por supuesto, de las cuencas mineras asturianas. Entre estas últimas, la gran protagonista fue la langreana **Anita Sirgo**, legendaria luchadora antifranquista que padeció torturas y fue rapada durante las huelgas mineras de los años setenta. Sirgo recordó emocionada los «duros tiempos de la clandestinidad» y se congratuló de que gracias a una lucha denodada, que incluyó un famoso encierro en la catedral de Oviedo, aquellas mujeres valientes consiguieran «la libertad que no teníamos» y mejorar las pésimas condiciones de trabajo a las cuales se enfrentaban sus maridos. Funcionaban «sin libertad de expresión, sin móvi-

les, sin Internet»; tenían que ir «casa por casa, tienda por tienda pidiendo ayuda para los presos, concienciando al pueblo, explicándoles una situación que muchas veces la gente ni conocía, pidiendo a los curas que hablasen de los mineros en sus sermones...». Hubo «mucho sacrificio, cárcel, palos, cortes de pelo, torturas, pero no nos doblegaron», contó orgullosa, a lo cual respondió el público poniéndose en pie y aplaudiendo sonoramente.

«Ahora volvemos a lo mismo», lamentó la veterana luchadora, que animó a las generaciones más jóvenes a continuar la lucha proclamando que «la calle es nuestra», que «debemos ser constantes, no salir de año en año» y que «la lucha debe ser pacífica; debemos ignorar los insultos, las provocaciones, porque no hay cosa que más deseen nuestros enemigos que poder desacreditarnos presentándonos como violentos».

De León, representando a mujeres de la cuenca del Gordón y la comarca

de Laciana, proviene **Raquel Valbuena**, que clamó a su vez que «da igual de qué cuenca seamos o para qué empresario trabajemos: todas luchamos por lo mismo». «No somos mujeres de mineros: somos mujeres del carbón», explicó a su vez **M^a Ángeles Manzano, Zano**, de Teruel, representante de los mineros aragoneses. **Raquel Arce**, nacida en Cangas del Narcea pero residente en Ablaña, extendió la explica-

ción, después de predisculpar posibles torpezas —que no cometió, ni mucho menos— por ser «más de megáfono que de micrófono», diciendo que en el movimiento, aunque la mayor parte de mujeres, como la propia Arce, sean esposas de mineros, «también hay mujeres sin parentesco con mineros, sino simplemente habitantes de las cuencas, que quieren y defienden que las comarcas mineras sigan vivas». «So-

mos», añadió, «asindicales y apartidistas: nuestra única bandera es defender nuestras comarcas». Arce también lamentó que estemos «perdiendo lo que consiguió la generación de Anita, de la cual tenemos mucho que aprender», subrayó que «lo estamos perdiendo, no nos lo están quitando» y reclamó que hay que dejar «de mirar quién convoca antes de ir a ningún sitio».

De Cerredo, capital del concejo minero de Degaña, en el suroccidente de Asturias, procede **Yolanda Fernández**, que habló con orgullo de la ejemplar experiencia de «solidaridad comunitaria» existente en aquellos pagos, donde la lucha de los mineros se imbrica en la lucha de los maestros en defensa de la educación pública.

La charla acabó con toda la sala en pie cantando el mítico *Santa Bárbara bendita* y bramando «obrero despedí, patrón colgá» y «¡que viva la lucha de la clase obrera!».

Que viva.

Roberto Arenas



UN ULSTER diferente

Adrian McKinty nunca quiso ser escritor. «De pequeño», contó ayer en la presentación de su novela *Oigo sirenas en la calle*, «odiaba todo lo relacionado con los libros, porque en la escuela nos obligaban a leer clásicos aburridísimos de la literatura inglesa del siglo XIX, y no pensaba que pudiera leerse por placer». El cambio llegó, contó este escritor nacido en Belfast pero residente en Australia, cuando un día vio «un libro con una mujer desnuda en la portada». Era *El sueño eterno*, de **Raymond Chandler**, y gracias a él McKinty descubrió que las novelas podían ser «divertidas, interesantes, rápidas».

Gracias a ese descubrimiento, el mundo disfruta hoy de las novelas de McKinty, que ha publicado ya seis novelas individuales y cuatro trilogías, de una de las cuales forma parte *Oigo sirenas en la calle*, segunda novela de su serie y la última de McKinty publicada en España. Se trata de la trilogía de Sean Duffy, ambientada en la guerra civil norirlandesa y protagonizada por ese policía singular, «católico, inteligente y de clase media en una policía mayoritariamente formada por protestantes de clase obrera», del cual todos desconfían («los católicos, por ser policía; los protestantes, por ser católico»).

En *Oigo sirenas en la calle*, Duffy debe enfrentarse al misterioso caso de un torso humano congelado que aparece en una maleta abandonada, con el sangriento conflicto norirlandés como telón de fondo. Sobre el tratamiento de tal conflicto, **Juan Madrid**, que presentó a McKinty, interrogó al escritor sobre la causa de la ausencia, en sus obras, de una toma clara de partido por la lucha de Irlanda por su libertad. McKinty respon-

dió que «ése es el problema: hasta ahora, en todo lo publicado sobre el conflicto faltaba objetividad, matices, complejidad». «Yo he querido», prosiguió, «mostrar la complejidad del conflicto, y eso puede ser doloroso para la izquierda, que quiere héroes en lucha por un mundo nuevo, pero la cruda y triste realidad es que no fue así». La primera novela de la serie, *Cold, cold ground*, tenía lugar en 1981 y comenzaba con las huelgas de hambre de presos del IRA y el INLA que tuvieron lugar aquel año y concluyeron con la muerte de diez de ellos, liderados por **Bobby Sands**.

En otro momento de la charla, McKinty explicó que también quería huir del «sentimentalismo propio de ciertas novelas irlandesas de tipos con boina, curas, hombres en bici y viudas en la niebla de la mañana, llenos de los clichés que tanto triunfan en Estados Unidos», así como de «la literatura clásica inglesa sobre putos ricos y sus putos problemas de ricos». McKinty quería hacer algo «divertido, extraño, que no se pareciera a otros libros sobre Irlanda del Norte, llenos de mentiras».

La charla también dio para que McKinty contase algunas anécdotas de su vida. Así, por ejemplo, relató que, antes de emigrar a Australia, donde reside actualmente con su mujer y trabaja como crítico literario, vivió en Nueva York. De aquellos años, McKinty recuerda: «Llegué un jueves y el sábado ya tenía trabajo, de camarero. La entrevista fue curiosa: pregunté “¿necesitáis trabajo?”, me preguntaron “¿de dónde eres?”, respondí “de Belfast” y, acto seguido, estaba contratado».

Edmundo Shtrum



CRIMEN Y FANTASÍA EN EL VALLE DEL BAZTÁN

En Elizondo, capital del Valle del Baztán, en el norte de Navarra, se ambientan las aclamadas novelas de **Dolores Redondo** —flamante ganadora del Premio SN/BAN!— protagonizadas por la inspectora de homicidios de la Policía Foral de Navarra Amaia Salazar, que ya es una de las detectives ilustres de la novela negra española, junto con otras como la Petra Delicado de **Alicia Giménez-Bartlett** o la Martina de Santo de **Juan Bolea**.

Redondo, que fue presentada por **Alfonso Mateo-Sagasta**, escogió Elizondo y el valle del Baztán, del cual dice estar «enamorado», por ser un «lugar especial», una zona rural y boscosa apta para ubicar en él los «crímenes extraños» y el «sutil toque de fantasía» basado en la mitología vasca sobre los cuales Redondo quería hacer pivotar sus obras. Elizondo, además, es un lugar en el cual «todavía se mantiene el matriarcado» y existen esas «mujeres de enorme carácter que dominan su vida» y llevan las riendas de la vida de sus comarcas. Amaia Salazar debía ser, y es, «una mujer inteligente, atractiva, profesional, intuitiva, a veces insoportable, pero con una gran exigencia personal impuesta sobre sí misma», que tiene su «contrapunto» en James, el artista norteamericano con el que convive y que es «un hombre nuevo, paciente y generoso, que cuida de la casa y del niño mientras Amaia trabaja».

Legado en los huesos es la segunda novela protagonizada por Salazar. La primera fue *El guardián invisible* y en ella la inspectora debía buscar al responsable de una serie de asesinatos rituales, el último de los cuales es la de una niña de trece años que aparece estrangulada a orillas del río Baztán, con las ropas rasgadas, el pubis rasurado y un *txatxingorri*, pastel típico de la zona, colocado sobre su cuerpo. Aquella trama parecía, como apuntó Mateo-Sagasta, «cerrada al final de la primera novela, pero luego resultó no serlo tanto», y esta nueva novela se engarza con la anterior, si bien posee, en palabras de la propia Redondo, «una estructura menos

lineal y más bien concéntrica». Nuevamente, Redondo reflexiona sobre «el libre albedrío, la predestinación y la existencia del Mal» e introduce esos toques de mitología que Mateo-Sagasta definió como «fantásticos», pero que Dolores Redondo prefiere etiquetar como «religiosos» porque «la mitología merece tanto respeto como el cristianismo, porque fueron las creencias que rigieron la vida de la gente durante siglos».

Redondo también reflexionó sobre la maternidad, que es, opinó la autora, «preciosa en la suma de sus momentos pero tiene instantes de auténtica miseria». Amaya Salazar, que comienza embarazada esta segunda novela de su serie, afrontará la suya con «una enorme inseguridad debida al miedo de hacerlo mal, marcada como está por una madre que no la amó».

Al final de la presentación, se formó ante la librería de la Campana una cola enorme de lectores ansiosos por recibir una dedicatoria de Redondo, que estuvo firmando durante toda la hora siguiente, mientras tenía lugar la presentación de **Adrian McKinty**.

Roberto Arenas



CONCURSO DE RELATOS NEGROS SEMANA NEGRA 2014

FINALISTA

Blanco artificial

Kike Ferrari

"En uno de sus cuadernos de notas, Chejov registró una anécdota (...) la forma clásica del cuento está condensada en el núcleo de ese relato futuro y no escrito"

R. Piglia

¿Hay una historia? Si hay una historia, empieza hace tres horas cuando sonó el teléfono del aguante y era el Ruso. O hace tres semanas, cuando me fue a esperar a la salida de Marcos Paz y me dijo que tenía un laburo. O hace tres años cuando lo conocí en el patio de Caseros.

Me llamo Anton Pavlovich, se presentó, pero todo el mundo me dice Ruso.

Como sea, si hay una historia tiene que ver con el Ruso. Y con el tres.

Pongo dos fichas de cien mangos y espero el no va más del croupier. Veo girar la bolita blanca una vuelta y otra.

Y enseguida: colorado, el tres.

Increíble.

Otra vez.

Cuando le cuente al Ruso, pienso.

El Ruso es ruso. No judío, ruso. De Rusia. Una curiosidad. En un ispa como este en el que a los españoles se los llama gallegos; a los árabes, turcos; tanos a los italianos o chinos a los coreanos; el Ruso es verdaderamente ruso.

Nació en una pequeño pueblito rural llamado Taganrog, en mil novecientos sesenta. Debe tener unos treinta años, aunque parece más grande. Tiene una barba canosa que le llega hasta la boca y el pelo siempre despeinado. La nariz puntiaguda y los ojos curvados hacia abajo detrás de los anteojos de marco de carey. Y una tos persistente y sanguinolenta.

Tuberculosis, dicen.

Nadie sabe bien cuándo ni cómo llegó a Buenos Aires pero todos coincidimos en que es el mejor perpetrador de golpes rápidos de la Argentina. Sabe qué recursos usar y, sobre todo, qué recursos no.

La narrativa breve del crimen, dice el Loco Richard.

Saquen esa escopeta de atrás de la puerta si no la van a usar, dijo una vez el Ruso mientras preparaba un afano en la Caja de Ahorros de Lomas. Y la frase pasó a engrosar su leyenda.

El mito.

El mito del Ruso: los golpes cronometrados, los aguantes tabicados, las salidas inesperadas. Esa rara combinación de austeridad en los medios y audacia en la ejecución.

El secreto de la efectividad, diría Richard, la economía del afano.

Juego al Veintidos. El loco.

Y gano. La puta que lo pario. La gente alrededor de la mesa me mira. Dos tipos de traje gris parados cerca de la punta, sobre todo. Hay murmullos. Los tipos de traje gris cuchichean.

Son canas, fija.

La puta que lo pario.

Cuando el Ruso llamó hace tres horas me dio instrucciones; claras como siempre.

Concisión.

Precisión.

Rajá, Blanco, me dijo. Cayó el aguante del Loco Richard y no sabemos si cantó. Fijate dónde pasas la noche. Trata de no llamar la atención. Nos vemos a las seis en la esquina de Osorio y Alberdi.

Así que terminé el pucho. Dejé los papeles que estaba leyendo en la caja. Guardé el treinta y ocho en la cintura, los documentos, la guita y salí a la calle.

¿Dónde mierda se puede meter uno en una noche verano en Mar del Plata?

El teatro, pensé, un restaurante. En un quilombo. Pero, haciéndole honor a mi apellido, estoy blanco como un papel. Un blanco lechoso. Artificial. De tipo que acaba de salir de la gayola.

Tratá de no llamar la atención, había dicho el Ruso.

Así que bajé caminando por Entre Ríos hasta la Avenida Azabache y crucé la plaza en diagonal hasta el único lugar donde mi blanco artificial puede parecer natural.

Cambio de mesa.

Le pido un whisky a una piba rubia con un par de tetas que parecen planetas. Pispeo de reojo a los tipos de traje gris, que parecen no mirarme. El par de tetas planetarias me trae el whisky. Pendo un pucho. Pongo trescientos mangos al veintiocho, las tetas.

No va más.

Rueda la bola.

Negro, el veintiocho.

Murmullos. Los tipos de gris vuelven a mirarme.

Es un montón de guita, pienso.

Juego al treinta y dos, el dinero.

Gano.

El miedo: negro, el diez.

Gano.

Pido otro whisky, que me empieza a bailar en la bocha, y pongo una pila de fichas al catorce.

Y gano.

No es un laburo complicado y podemos levantar buena plata, dijo el Ruso tres semanas atrás cuando me fue a buscar a la salida de Marcos Paz, pero hace falta tener dos partes de huevos. Cuatro días en Mar del Plata, cinco máximo, y

nos volvemos con trescientos mil mangos cada uno, dijo.

Los tipos de gris me miran sin disimular, ya. Comentan cosas. Si son seguridad del Casino no tengo más que actuar con naturalidad. Tarde o temprano voy perder y listo. A otra cosas. Si son ratis tengo que sacármelos de encima antes ir a encontrarme con el Ruso. En cualquier caso tengo que dejar de llamar a atención.

Hay gente alrededor mío, copiándome las apuestas.

¿Dónde estará el Ruso?

Los tipos de gris hacen como que no me ven. Deben ser del Casino, me convengo. En cuanto pierda dos o tres manos seguidas, se acabó el problema. Tengo que aguantar hasta las seis menos cuarto.

Miro el reloj. Cuatro y veinticinco.

Cinco gambas al cuatro. Cinco al veinticinco.

Parece mentira: negro, el cuatro.

En esa caja hay unos apuntes. Son del dueño del bulo, había dicho el Ruso cuando me mostró el aguantadero. Es escritor. Si te aburrís los podés leer, pero dejáselos de nuevo ahí. Es un buen pibe. Renzi, se llama. Ahora vive en Buenos Aires. En el Hotel Almagro, a la vuelta de la Federación de Box. Me debe un par de favores y nos prestó el lugar por unos días sin hacer preguntas.

Leo. Es una historia trágica. Unos tipos que hace como veinticinco años afanaron un banco en San Fernando, mejorcanearon a todo el mundo y rajaron con la guita a Montevideo.

Las cosas nunca salen como uno piensa, leo, la suerte es más importante que el coraje, más importante que la inteligencia y las medidas de seguridad. El azar, paradójicamente, está siempre del lado del orden establecido.

Juego al doce.

Al veinte

Al diecinueve.

El blanco artificial de las luces sobre el blanco artificial de mi piel sudorosa.

Gano. Gano. Gano.

Amontono fichas en los bolsillos y pido más whisky.

Tirado en la cama leo los apuntes del tal Renzi. Ya en Montevideo los tipos cayeron en una ratonera de la policía y, después de resistir una pila de horas, prendieron fuego la guita antes de que los hicieran mierda.

Renzi escribe que los héroes deciden enfrentar lo imposible y resistir, y eligen la muerte como destino.

Qué mala suerte, pienso. La yeta.

Juego al trece, primero. Negro, el diecisiete; después.

Gano. Gano.

Menos de dos horas para las seis. Vigilo a los tipos de gris que me vigilan. Creo que hablan con alguien más por un handy pequeño, por un auricular. Si son canas ya deben tener mi descripción y estoy jodido.

Juego, por inercia, a un número cualquiera.

Gano otra vez.

Es ridículo, debo llevar ganado medio millón de mangos.

Trata de no llamar la atención, había dicho el Ruso, la puta que lo pario.

¿Hay una historia? Si hay una historia termina acá. El whisky me labura la cabeza que se me llena de palabras. Los tipos de gris, sin ningún recato ya, se separan, uno de cada lado de la mesa, y se acercan a mí. Las posibilidades de escapar son casi nulas.

Cayó el aguante del Loco Richard, no sabemos si cantó.

Uno de los tipos de gris apura el paso, el otro lleva la mano a la cintura. Lo imito. Confirmando que el treinta y ocho esté en su lugar.

Juego una pila de fichas al revolver. El siete.

Saquen esa escopeta de atrás de la puerta si no la van a usar.

No va más, grita el croupier mientras la bola gira y gira.

La suerte es más importante que el coraje, más importante que la inteligencia y las medidas de seguridad.

Me laten las sienes, me transpiran las manos. Me juego a esta bola.

Pero hace falta tener dos pares de huevos.

Colorado, el siete; canta el croupier.

La gente murmura. Los tipos de gris están muy cerca. Demasiado cerca.

Hagan juego, dice el croupier. No apuesto.

Espero que el Ruso pueda zafar, pienso.

Los héroes deciden enfrentar lo imposible y resistir y eligen la muerte como destino.

Saco un puñado de fichas de cada bolsillo y las lanzo al aire en el momento que el croupier dice no va más. Hay un tumulto. Una avalancha de gente empuja tratando de alcanzar las fichas cien, de doscientos, de quinientos.

Agarro el treinta y ocho de la cintura y me lo llevo a la sien. La multitud pelea por las fichas, la bolita gira y gira. Nadie me mira salvo los tipos de gris que se desesperan por llegar a mí. Gritan algo pero no los oigo.

Entonces: colorado, el dieciocho. La sangre.

Y eso es todo.

CONCURSO DE RELATOS NEGROS SEMANA NEGRA 2014

GANADOR

Dos hombres de negocios

Francisco Bescós Menéndez de la Granda

"Innocence is a kind of insanity."
Graham Greene, *El americano imposible*.

Sólo entonces, a las doce y veintitrés del mediodía (quedaré consignada la hora en el archivo de audio), Álvez deposita el teléfono sobre el escritorio. Justo en ese momento el sol incide directamente contra las ventanas. La luz desvela la suciedad incrustada en los vidrios; una mosca se esmera en recorrerla y lamerla antes de romperse la cabeza contra el cristal, tratando de salir por donde no hay salida. La temperatura se eleva con un ímpetu contra el que el aire acondicionado no puede competir.

—Acabo de conectar la grabadora del móvil.

—¿Cómo? —responde Burgos.

—Ahora puedes hablar. Ahora puedes repetir lo que me estabas contando.

La situación se describe de la siguiente manera:

La Oficina ha tardado un par de minutos en quedar desierta. Los únicos seres vivos que permanecen ahí son los dos hombres de negocios, la mosca y el cactus de Rita, la secretaria. Álvez ha conducido a Burgos hacia una esquina de la sala principal, un rectángulo diáfano de 100 metros de superficie poblado de escritorios oscuros dispuestos en damero. Álvez se ha sentado en una silla, la de Rita. Al hacerlo, se ha pinchado con el cactus, que sobresale de la mesa. Luego ha obligado a Burgos a acomodarse en el piso. Ambos lucen marcas de golpes en el rostro. El ojo de Álvez se inflamará hasta cerrarse; a cambio, Burgos muestra cuatro cortes equidistantes en la frente. Pero lo que importa: Álvez sostiene la escopeta de caza; Burgos, no.

—Ahora puedes contarme por qué has asesinado al Cerdo —insiste Álvez.

Burgos emite un par de gorjeos, algo que los futuros oyentes del archivo de audio difícilmente podrán identificar como una carcajada.

—¿Estás loco? ¿Crees que puedes inculparme?

—¿Qué? Espera, no hablas en serio, ¿no? ¿Cómo que inculparte?

—Nadie va a tragarse semejante delirio. Maqueda está en el despacho desangrándose por dos agujeros tremendos en el pecho. ¡Y tú me apuntas con la escopeta que aún humea!

—Una escopeta que te acabo de quitar en el forcejeo. Te he visto disparar.

—Yo te he visto disparar a ti, Álvez. ¿Qué coño? ¿Te piensas que la gente es gilipollas? Además, tú te inventaste el apodo del Cerdo, y eso lo sabe todo el mundo.

—Tú lo llamabas Puerkonstein.

—Y reconocerás que es un mote mucho más ingenioso.

Burgos jadea durante unos segundos, preguntándose si ese último chiste resulta oportuno, si la escopeta que le apunta invalida la confianza que le une a Álvez desde hace años. Éste se incorpora en la silla hasta colocar la nariz sobre la pantalla de su teléfono. Acerca la mano al micrófono y chasquea los dedos un par de veces. La flechita del vúmetro digital reacciona a la entrada de sonido.

—Esto está grabando.

—¿Ah sí? ¿Y qué pretendes? ¿De verdad esperas que la policía concluya que el tío que sostiene el arma es la víctima? ¿Que se la quitó al asesino y ahora lo retiene?

—No me fastidies, Burgos.

—No me toques los cojones, Álvez.

Los futuros oyentes del archivo de audio escucharán ahora un sonido de agitación, leve, como una tela frotándose contra otra, un jadeo un tanto más alto de lo normal. Se trata de Burgos, intentando levantarse por sorpresa, esforzándose en agarrar la escopeta. Álvez no duda en golpear a su compañero con el cañón: un hematoma más para ese álbum de pétalos rosáceos que presentan sus rostros. Burgos se precipita de regreso al suelo. Álvez vuelve a dejarse caer, fatigado, en la silla de Rita. El cactus le pincha de nuevo. Se alegra de saber que a Rita le comunicarán el despido en pocos días: la muy ingenua va por ahí anunciando con una sonrisa pueril que se casa; quien ignora las normas del negocio, sus juegos de contrapesos y tensiones, no merece pertenecer al negocio.

—Ponme a prueba —grita Álvez—. Te juro que dispararé.

—Hijo de puta.

—Nunca me ha gustado tu vocabulario.

—Somos amigos, hijo de puta, y me importa una mierda que no te guste mi puto lenguaje, jodido retrasado, abraza rosarios.

Pocos se explican en la oficina cómo dos personas como Álvez y Burgos consiguen congeniar. De qué hablan: ¿de fútbol o de relojes? A qué lugares van juntos: ¿al puticlub o a misa? Quizá lo único que les una consista en un desaforado amor por el negocio que practican (Álvez, 4'374 millones facturados este año; Burgos, 4'401 millones facturados este año). Y, claro, su odio hacia el Cerdo, Puerkonstein, Huelo Mierdas, Nazi, Godzilla, Godhazi... Maqueda, el vicepresidente. Maqueda caminaba con una torpeza ridícula. Un ademán que se ha llevado al otro barrio, dada la postura con la que ha quedado postrado sobre la alfombra: retorcido, con una rodilla a la altura de la oreja. Y los dos golpes de escopeta bien visibles en el pecho, como las pezoneras rojas de una *striper*.

—Bien, ¿quieres que se quede registrada mi confesión? —dice Burgos—. Aquí te va. Llegué a la oficina a las 8:45. Me tomé un café. Entré a cagar al baño. Al salir del váter me encontré con Maqueda, en el lavabo. Hablaba con Aldea Logistics por el móvil. Me hace gracia la habilidad que ha desarrollado este bastardo para hablar por teléfono incluso mientras se cepilla los dientes. Supongo que estaría armando alguna de las suyas. ¿Tenías una presentación a las cinco, verdad? Pues te la estaría boicoteando. Todos conocemos al Cerdo: hace eso. Hacía eso. Te hunde el trabajo para luego aparecer él de salvavidas, con una propuesta mucho menos ventajosa para nuestra empresa, pero que le hace quedar como el colaborador fiel y servil que el cliente debe defender llueva o truene. Así que él te estaba boicoteando, en eso consistía toda su labor de hoy: Destrozo la presentación de Álvez, contándole a los de Aldea dónde radican todos los puntos flacos, y me voy de caza por la tarde, mientras a él se lo comen los leones. Sólo que en esta ocasión no le vino bien dejar la escopeta a la vista. Luego todo el mundo escapó, menos yo, que entré en el despacho, te vi, vi el cuerpo de Maqueda. No dudé en atacar, pese a la escopeta. Pero no logré quitársela. Y aquí estamos.

Burgos se refiere a la preciosa escopeta de dos cañones con la que ahora Álvez le apunta. No se explica en qué momento la ha recargado. Debí dejarle sin sentido por unos instantes durante la pelea. Un arma elegante y precisa de la que Maqueda presumía. Decía haber abatido más de 150 mamíferos con ella. ¿Qué directivo instala un armero en su propio despacho?

—¿Yaya historia, Burgos. Te he visto elocuente —Álvez traga, pero no encuentra saliva—. Ahora, para que las cosas resulten más fáciles, voy a hablar yo. Tú sólo tienes que confirmar lo que digo. Llegas a las 8:45 y te encierras, como siempre, en el baño. Según tú, para aliviarte, pero creo que esta vez tratabas de evitar al Cerdo.

—No te queda bien llamarlo Cerdo. Tú no dices esas cosas. Si lo llamas Cerdo es porque lo odiabas más de lo que nadie imagina.

—Todo el mundo sabe que lo odiaba. Que lo odiábamos. Porque todo el mundo lo odiaba. La asistencia a su funeral dará pena. Pero vamos al grano: intentas esquivar a Maqueda. Pero Maqueda está muy enfadado. Mucho. En cuanto te oye llegar y ve que te escurres hacia los lavabos, te sigue. Entra detrás de ti y espera a que te canses de esconderte en el excusado.

—Excusado. Eso sí le pega a tu bonito lenguaje.

—Cuando no puedes permanecer por más tiempo oculto, sales. Y él te arroja a la cara un correo electrónico impreso. Este correo electrónico —Álvez extrae de su chaqueta un papel doblado que despliega de una sola sacudida con la mano izquierda; en él figura el membrete de Web Century, el cliente más importante de Burgos—. He visto una copia sobre la mesa de Maqueda. Si es cierto lo que dice, mañana habrías ido a dar con los dientes en la calle.

Burgos toma el papel. No puede fingir no haberlo leído. Ante sí bailan las cifras. Las cifras erróneas que él calculó. Y las verdaderas con las que contraargumentó Web Century. Qué hijos de puta. Cinco años de relación y te venden por un error en la coma que marca los decimales. Dinero. No importan las veces que hayas ido de putas con el consejero delegado, ni el tamaño del regalo que le hayas pagado (de tu bolsillo) a su hijo por la Primera Comunión. Se mueve una coma por error y lo aprovechan. Caes por una ventana y celebran el beneficio.

—Maqueda te grita en el lavabo hasta vomitar la pleura. Tú invades su despacho y le disparas con su propia escopeta. Luego todo el mundo escapó, menos yo, que entré en el despacho, te vi, vi el cuerpo de Maqueda. No dudé en atacar, pese a la escopeta. Logré quitársela. Y aquí estamos.

Los futuros oyentes del archivo de audio percibirán cierta satisfacción en las últimas frases de este párrafo de Álvez. Una cierta ironía sutil, con la que imita las pronunciadas previamente por Burgos, para ridiculizarle. Una estrategia que ha utilizado durante toda su carrera para acorralar a los enemigos en negociaciones de todo tipo. Burgos no puede sino reconocer que existe un móvil: haber matado a Maqueda en un ataque de rabia resulta verosímil.

Los pensamientos de ambos hombres de negocios quedan interrumpidos repentinamente. Unas sirenas de policía comienzan a escucharse desde el fondo de las avenidas que conducen hasta ellos. Tratan de mirar en esa dirección, pero pronto se dan cuenta de que el sonido viene de todas partes.

—¿Sabes por qué esto no te va a funcionar, Álvez?

—¿Dice Burgos? No sólo porque es un intento cutre y desesperado de librarte de tu crimen. Sino también porque todos, todos nosotros, podemos dar testimonio de que tu habilidad en la negociación, tu destreza con las palabras, siempre ha superado de largo a la mía. Yo ciero tratos en puticlubs y asadores, haciendo valer mi generosidad. Tú, en mesas de caoba de cien mil euros, haciendo valer tu pico de oro. Cuando se escuche esto que estás grabando, se descubrirá qué es lo que intentas. Intentas liarne, como siempre. Intentas que meta algún patinazo absurdo que me incrimine, que acredite tu mentira. Y pareces muy tranquilo. Pero sabes que es muy difícil, que no soy tan tonto. Tu has matado a Maqueda y vas a cargar con ello.

—No creo que seas tonto. Somos los mejores comerciales de esta empresa. Pero tú, dime, una persona como yo ¿cómo confiaría en un plan tan absurdo?

—Precisamente por absurdo. Eso te exculparía. Brillante. Mi enhorabuena. Pero vuelvo a repetir: yo no lo hice. Sólo traté de quitarte la escopeta a ti. Pero, claro, si esto de la grabación te sale mal, sólo tienes que borrarlo. No está de más el intento; a fin de cuentas, esto se te da mejor a ti.

Los coches de policía han ido rodeando la entrada. La calle celebra una fiesta de luces de colores, sirenas y mirones. Nadie baila. Algún compañero (alguno de los que huyó sin ver nada más que dos personas peleando por una escopeta en el despacho de Maqueda) ha debido de dar aviso: no parece que los policías vayan a irrumpir en el edificio así como así.

—No recurras ahora a nuestro juego para intentar librarte.

—¿Qué juego?

—El nuestro: "Esto se te da mejor a ti". Venga ya. Siempre me has tratado con condescendencia por no aprobar tus métodos de macho alfa atávico. Yo siempre he sabido que mi limpieza acabaría por ganar la batalla.

—¿Limpieza? Mirame. Me tienes sentado en el suelo y me caen chorros de sangre en la camisa. Yo nunca he sentido que estuviera compitiendo contigo, en nada.

—No me hagas reír.

Desde que Dios decidió tomarse una jornada más para completar su famosa semana creadora, y al octavo día dijo Hágase la Oficina, los números de Burgos y de Álvez han sido presentados como el ejemplo a seguir. Talento, sudoración, tensión, y demás hatajos de palabras patéticas (que empleaba Maqueda cuando reunía a toda la plantilla) se anteponen a sus nombres. Un año, Álvez se lleva el máximo incentivo por beneficios, Burgos el segundo mejor. Al año siguiente ocurre lo contrario. Viajes al Caribe el primero, a Roma el segundo. Un BMW de empresa el primero, un Volkswagen el segundo. Todos esos elementos se han convertido en expresiones, no ya de quién de los dos vende mejor, sino de quién de los dos es mejor. En la Oficina, sigues a Burgos o sigues a Álvez. Y luego ellos disimulan y fingen que no existe rivalidad alguna. Como Burgos finge que su mujer continúa casada con él, o finge que no echa de menos a sus hijos. Como Álvez finge que no prueba una pizza de coca desde hace meses y finge apoyar de corazón a Rita ante Maqueda.

—¿Así piensas justificar que haya sido yo el que he conectado la grabadora? —acomete de nuevo Álvez.

Ahora la luz ha despertado la visión de millones de motas de polvo suspendidas en el espacio. Las particu-

las entran y salen a gran velocidad por las fosas nasales de Burgos. Quizá esa lluvia orgánica sea de lo que pretende escapar la mosca: se obstina de nuevo en golpear contra el cristal, tras haber recuperado fuerzas absorbiendo la suciedad que lo impregna. Los dos hombres de negocios ignoran los zumbidos estropeados de sus alas y el golpeteo continuo del vidrio. Pero los futuros oyentes del archivo de audio llegarán a captarlo.

—Te lo he dicho. Tú sostienes la escopeta. Necesitas un golpe de efecto. Algo así como lo que te sacaste de la manga para conseguir el contrato con Uruguay.

Recuerda aquella negociación ardua. Durante semanas, lo único que podía ofrecer a los uruguayos distaba mucho de igualar las condiciones de su mejor competidor. Álvez, en lugar de desgastarse con una estrategia que nunca funcionaría, ensayó una jugada muy ingeniosa: rebajó aún más su propia oferta. De esa forma, los uruguayos empezaron a desconfiar de la competencia. Si una entidad tan prestigiosa como la Oficina únicamente era capaz de llegar hasta allí, en los presupuestos de los oponentes tenía que haber gato encerrado. Álvez firmó ese contrato. Luego Maqueda se apuntó todo el mérito en una cacería, frente a Willis, el consejero delegado de la matriz internacional. El Cerdo se atribuyó incluso palabras que había pronunciado Álvez. Éste lo supo porque Burgos había asistido a esa cacería, y se lo contó con pelos y señales. Sin duda, ambos tenían motivos para matar a Maqueda.

—¿Y cómo vas a justificar tú el haber conectado la grabadora? —pregunta Burgos—. Tu historia suena mucho más verosímil que la mía. Como si te la hubieras preparado antes.

—Mi historia suena más verosímil porque es la verdad. Y ahí te equivocas: ¿cómo voy a prepararme antes nada si, fuera quien fuera el culpable, está claro que el crimen se cometió sin premeditación? Se nos agota el debate, Burgos.

A los futuros oyentes del archivo de audio les sobresaltará ahora un teléfono que rompe a sonar. Un clásico bip-bip-bip de los que se escucharía en cualquier puesto de trabajo. Álvez, del susto, se clava de nuevo las púas del cactus. Luego mira a su cautivo. La policía llama, por supuesto. Burgos se encoge de hombros: Tú tienes el arma, tú decides. Álvez piensa en hacerle constatar a Burgos, para así no perder el control de la escopeta. Luego se da cuenta de que sería un error: si Burgos advierte a los agentes de que el asesino empuña el arma, entrarán a matar. Así que es él quien descolga el teléfono.

Los futuros oyentes del archivo de audio comprenderán las tímidas palabras con las que Álvez describe la situación a un policía, desde su punto de vista, claro. Hay un cadáver en el despacho del vicepresidente. Es el vicepresidente. Retengo al asesino. Con una escopeta. Sí, la escopeta que mató al vicepresidente. Porque se la quitó en un forcejeo. Tengo contusiones en el rostro que lo demuestran. El asesino también tiene contusiones en el rostro. De acuerdo. ¿Ah sí? ¿Ah sí? Ajá. Ajá. Ok. De acuerdo. Esperamos.

La mosca ha marrado todos sus imposibles intentos de fuga y ahora se convulsiona, aturdida, sobre el alfeizar.

—Dicen que tienen un testigo de lo que ocurrió. Un testigo ocular —afirma Álvez.

—¿Quizá lo tengan —concede Burgos.

—Dicen algo más. Dicen que ellos no encontrarán problemas a la hora de saber quién disparó el arma. Que la pólvora se queda incrustada en la piel de quien lo haya hecho.

—¿Es eso verdad?

—Supongo.

—¿Y no se te ocurrió antes? Tu puta grabadora, Álvez, joder. De qué te ha servido.

—Sin premeditación, ya lo sabes.

Pasan algunos segundos. Ninguno de los dos hombres de negocios se encuentra tranquilo. Ni Burgos ni Álvez se deciden a hablar. No se atreven a pronunciar la propuesta que el otro espera. Es algo común en los negocios, cuando se desmoronan los primeros tratos: el primero que hable pierde. Los futuros oyentes del archivo de audio escucharán ahora unos sonidos lejanos, como de piezas metálicas cayendo, como de puertas que se abren de golpe. Se trata de los agentes de policía moviéndose por los vestíbulos de la planta inferior de la Oficina.

Por fin, uno de los dos revienta el silencio.

—¿Y si apagamos esa grabadora y volvemos al plan inicial? Esta vez sin tracciones.

EL MUSEO DE MONSTRUOS Y DEMENTES del CAPITÁN SPAULDING

JESÚS PALACIOS



EL ENIGMA SPAULDING

Se acabó lo que se daba. Me han llegado rumores de que hoy termina esto de la Semana Negra. Peor aún: me han llegado también de que las fuerzas del Orden me han localizado, lo que para un servidor —del Caos— no es buena noticia. No ha valido de nada poner tierra y agua de por medio. Hoy, la maldita Internet no te deja desaparecer tranquilo. No tengo más remedio que cerrar las puertas de mi Museo de Monstruos y Dementes, hacer las maletas, meterme en ellas y certificarme para que me envíen lo más lejos posible. Es el signo del Capitán Spaulding. Como el de la Semana Negra. Somos parientes (pobres, claro) de Ahasverus, el

Judío Errante, y no podemos más que seguir sus huellas, perdiéndonos en la eternidad sin pasado ni futuro, hollando siempre el polvo del presente continuo, para manifestarnos al mundo una vez al año. Somos una aparición. Un fantasma. Pero un fantasma que recorre Europa, y el mundo, llevando consigo nuestra maldición. La maldición del conocimiento. Sabemos demasiado.

Por ejemplo, ¿sabían ustedes que Ahasverus no es solo el nombre del Judío Errante, sino también el de un escarabajo de la familia de los silvínidos, pertenecientes a su vez a la superfamilia de los cucujoideos, pequeños coleópteros polítrófagos? ¿Hace falta que les recuerde en qué

se transformaba el bueno de Gregorio Samsa en *La metamorfosis* de Kafka? Si necesitan confirmación, pregúntenle a él antes de que le devuelva a su caja de cerillas y lo meta en mi maletín. El conocimiento no es felicidad, claro que no. Ni siquiera es poder. Ni dinero. Es... otra cosa. No sé. Divertido. Curioso. Estúpido, a veces. Sublime, otras. Da lo mismo, no podemos evitarlo. Sabemos. Y por eso, sabemos que volveremos el año próximo. Porque no hay año próximo, solo hay este largo y cálido verano. Pero antes de marcharme, antes de volver a ponerme el salacot y quitarme el maquillaje de payaso asesino, voy a contarles un secreto más. Un regalo, simple y llanamente por

haber venido aquí, a la Semana Negra, a ver mi Museo de Monstruos y Dementes y degustar mi fantástico pollo frito de auténtica receta casera —por eso desapareció mi casera de Ruggsville, ¡ha, ha, ha!—. Bien, a lo que íbamos: yo no soy el Capitán Spaulding. El Capitán Spaulding es un invento de **Rob Zombie**, un tipo ruidoso y con barba. O no. Es un invento de **Groucho Marx**, un tipo ruidoso y con bigote. O no. Es un tipo que traficaba con coca en Hollywood en los años treinta, que probablemente se inventó **Kenneth Anger**. O no.

Verán, siempre ha habido un Capitán Spaulding, aunque no siempre se le ha llamado así. Esta Semana

Negra ha vuelto a ser el Gran Explorador, el Payaso Asesino, pero podría haber sido cualquier otra cosa. Bueno, no exactamente cualquier otra cosa. Sino esa cosa que él es. En fin, no puedo decir más, porque si les revelara toda la verdad, nada más que la verdad, se les atragantaría como un hueso de pollo en la garganta, ¡ha, ha, ha! Ahora tengo que marcharme. Si alguna vez quieren volver a verme solo tienen que decir tres veces: ¡hurra, hurra, hurra por el Capitán Spaulding! Entre tanto, dejo aquí al cargo de todo a quien ha sido mi secretario y escribano estos días, a él pueden dirigir todas sus quejas. Ya saben, el Capitán Spaulding es Dios y Jesús su profeta. O no, ¡ha, ha, ha!



LÍNEA DE FLOTACIÓN

JAVIER CAYADO VALDÉS

REFLEXIONES LIBÉRRIMAS DE UN SETO CULTURETA, POLEMISTA, PODEMISTA Y ASTURTZALE / 8

La vimos subirse a la noria. Desde las alturas miró al Norte y al Sur, no se olvidó del Este y del Oeste y se quedó pensativa allí. «Dicen que en el Norte nos quieren como quieren por aquí a los del Sur», pensó. Se acordó de aquella célebre frase de *pacón*: «los putos franceses nos tratan como si fuésemos portugueses de mierda». Le dijo una señora que lo que había que hacer en Melilla era electrificar la valla y poner un soldado armado cada 20 metros. Ella se encogió de hombros y sintió un temblor seco y potente.

Vio El Musel. Por ahí se llega a Ultramar, dijo en voz alta mientras señalaba. Finisterre, *finis vitae*. En el

bar había escuchado algo acerca de los «putos sudacas de mierda» que no le gustó, pero se calló como nos callábamos todos ante las necesidades.

La noria comenzó a moverse pero aún pudo ver el Picu'l Sol y supo instintivamente que por allí venían los Reyes Magos. Supo que en aquella dirección estaban las tierras de los polacos, que era el apodo que los españoles de bien y de España les habían endosado a los hijos de puta separatistas que ya no nos quieren en su cama. La chica de los ojos tristes sabía que los rumanos eran de Europa del Este, de modo que mientras la iban girando iba tarareando una versión de *Voglio vederti danzare* de

Franco Battiato que dice así: «Me cago en esos putos rumanos, hijos de puta, rumanos. Voy a cortaros las manos...».

La vimos bajar y preguntarle a un tipo por la churrería. La perdimos de vista media hora o 40 minutos, lo sentimos, pero la volvimos a encontrar ya sentada en una mesa y no parecía tener prisa. Nos dijo el camarero que había cogido una servilleta y con una barra de pintalabios había dibujado un círculo y lo había limitado con cuatro cruces, una por cada punto cardinal.

Se levantó de la silla y tras abonar su consumición sin mediar palabra, creyó que era buena idea darse

una vuelta por las librerías. Revolvió las cajas del Súper del Libro en busca de una ganga, o tal vez de un título que traccionara bien y pudiera sacarla del pozo, no lo sabemos. No somos tan omniscientes.

Una mujer que se parecía a ella aparecía sonriente en la portada de un libro de recetas de cocina y se puso a pensar por qué ella no era capaz de sonreír como la chica del libro, pero pronto recordó por qué: porque se quería morir.

Una mujer de unos 30 años acompañada de un varón le preguntó al librero: «¿Tenéis el libro de *Cáscate y sé sumisa?*», a lo que el librero respondió negativamente.

Vio a la pareja irse mientras él le decía a ella: «Ya te lo dije, cariño: en este rojerío de mierda no vas a encontrarlo».

La chica de los ojos grises apretó los labios, hundió las cejas y asintió tres veces, como llevándole la contraria a la negatividad de Pedro.

Bordeó la dársena y le contaron algo que no pudimos escuchar acerca del Sáhara y de Palestina mientras le mostraban unos papeles y unos mapas. No sabemos el tiempo que estuvo allí porque le perdimos el rastro. Veíamos a la gente saltando al ritmo de la música mientras descansábamos la espalda apoyados al frontal del escenario y le dábamos vueltas al interior de la cabeza de aquella mujer.

Nos arrepentimos de no haberle

preguntado qué le pasaba y cuando creíamos que no volveríamos a verla nunca más apareció al fondo, con paso lento y como perdida y se metió en un bar.

La vimos pedir una cerveza y quedarse sola e inmóvil en medio del bar mientras todo el mundo tropezaba con ella y la iban cambiando de posición como una hoja a merced del nordeste, hasta que se cayó.

Fuimos corriendo a levantarla y, cuando llegamos, otras dos chicas la habían cogido por los brazos y habían conseguido poner su cuerpo vahído de rodillas, ocasión que aprovechó uno de los varones que se encontraba en la sala para hacer el correspondiente gesto obscuro.

Conseguimos que se repusiera, incluso le arañamos unas palabras que retumbaron en nuestra mente como bombazos en la noche. Todos dicen que la chica de los ojos tristes está loca, nosotros sabemos que no pero no decimos nada, lo sabemos sobretodo por que entre el agradecimiento y la huida nos miró a los ojos y preguntó: «¿Y este mundo?».

A cambiarlo, compañeros. Si no vuelvo por aquí recordadme cantando ésta de **Quique** mientras arrastraba mis caderas por la plaza y el ferial y buscaba tema para la columna de mañana. Gracias, y hasta siempre.

Yo sueño con la chica de los ojos tristes mientras escucho cantar a los gitanos; no importa si hice todo lo que fue posible. Estoy calado...

espacio

A QUEMARROPA

Por Christian Bartsch



Luis Sepúlveda y Alfonso Mateo-Sagasta.



Reflexiones sobre el Ascenso y caída de la novela gráfica.

Fue como un truco de magia. La mesa de la carpa del Espacio A Que-marropa (EAQ) desafió ayer sus límites espaciales para acoger la cita más concurrida de la Semana Negra que hoy finaliza. En torno a **Yexus**, que ejerció como presentador, se sentaron **José Manuel Trabado, Jessica Abel, Matt Madden, Lorenzo Díaz, Iñaki Echeverría, Pepe Gálvez y Jesús Moreno**. El objetivo de tan nutrido grupo fue analizar el *Ascenso y caída de la novela gráfica*. Y hacerlo en apenas una hora. Casi ná.

Para empezar, Yexus planteó una pregunta «sencilla»: «¿qué es y qué no es novela gráfica?». Para Trabado, «ésta es la pregunta del millón». A pesar de la dificultad de la empresa, apuntó tres opciones: «la novela gráfica son cómics que se saltaban los formatos existentes, también son otros cómics que enriquecían esos mismos formatos y, por último, son las obras que incorporan a la historieta “anomalías” que se habían quedado al margen del tebeo tradicional». Jessica Abel ofreció una respuesta mucho más sencilla: «En Estados Unidos, la novela gráfica es simplemente un término de marketing que intenta separar los cómics en función de su calidad». Abel no se mostró partidaria de estas clasificaciones. «Al final, todo es cómic», subrayó. Madden se mostró de acuerdo con esta interpretación, pero admitió la utilidad del término para acercar el cómic a una parte del público que antes no lo leía, además de impulsar a jóvenes autores a realizar historias más largas. En opinión de Lorenzo Díaz, la novela gráfica «es un formato».

«El problema es que se asocia a temas humanistas, a historias humanas y sociales, excluyendo otros géneros», apuntó. Por su parte, Iñaki Echeverría explicó que, como dibujante, lo que le interesa «es contar historias, y la novela gráfica es una manera de hacerlo. ¡Claro que es un término comercial! Pero lo importante es la obra en sí». Pepe Gálvez, aun rechazando cualquier clasificación, remarcó la importancia del término para acercar el cómic a la gente, y resaltó la capacidad del cómic para contar cualquier tipo de historia más allá del formato. Como editor, Jesús Moreno ofreció otra perspectiva, destacando el aumento del número de lectoras y la presencia del tebeo en librerías generalistas como dos fenómenos que hay que agradecer a la novela gráfica. Los ponentes coincidieron en augurar una larga vida al cómic en papel, huyendo de caídas como la augurada en el título de la charla. En cualquier caso, lo llamemos cómic, novela gráfica, tebeo, historieta o como sea, ¡bendito lenguaje!

Una de las obras finalistas del Premio Rodolfo Walsh, *La muerte del espía con bragas*, fue una hora antes la protagonista de la apertura de la carpa. La obra, escrita a cuatro manos por **José Fernando Mota y Javier Tébar**, aborda el caso real del hallazgo en una finca de Argentona del cuerpo de un hombre en bragas y con sus partes íntimas depiladas, algo que agitó las estructuras de poder en 1943 de la dictadura de Franco. La víctima se trataba de un agente doble que trabajaba en España durante la segunda guerra mundial y que fue asesinado por un

grupo de falangistas. En esta obra, Mota y Tébar explican el porqué, y dibujan la impunidad con la que actuaban algunos falangistas, torturadores y asesinos, que se sentían olvidados por el régimen y que se sentían con el derecho de campar a sus anchas. **José Manuel Estébanez**, que condujo la cita, calificó esta obra como «uno de los mejores trabajos de investigación



Presentación de MAR Editor.

realizados en 2013, que nos permite reconstruir una de las partes más oscuras de nuestro pasado». Hágase la luz.

A continuación, **Alfonso Mateo-Sagasta** presentó su última novela, *El reino de los hombres sin amor*, que fue elogiosamente glosada por **Luis Sepúlveda**. «La lectura de los libros de Alfonso me confirma algo en lo que siempre he creído: que los historiadores escriben sus libros siguiendo los punteros del reloj, mientras que los escritores prescindían de ellos, toman la historia como un elemento sobre el que también se puede hacer literatura». El autor chileno destacó que esta obra cumple con los dos objetivos principales de toda novela: «por un lado, es entretenida y, por otro, permite llegar a conclusiones muy personales que nos hacen pensar en el mundo actual». En los cinco minutos que la prolija introducción de Sepúlveda le dejó, Mateo-Sagasta afirmó que «la realidad histórica no existe, pero toda sociedad necesita un relato coherente de su pasado, que es lo que yo entiendo que es la historia». Esto es lo que hace el escritor a través de una trama ubicada «diez años antes de que D'Artagnan cogiera su caballo y partiera para hacerse mosquetero». Al término de la presentación, **Ángel de la Calle** entregó a Luis Sepúlveda un Rufo, la ya mítica figura representativa de la Semana Negra, «en pago» por la generosidad del autor con el certamen.

Tras la mesa redonda sobre novela gráfica, la programación continuó con la presentación de *Alguien dice tu nombre*, novela de **Luis García Montero**, que estuvo muy bien acompañada por un viejo amigo de este EAQ, **Miguel Barrero**. En esta tercera novela, el autor narra la historia de un joven escritor vocacional que en el verano de 1963, en vez de volver a su pueblo, se queda en Granada, donde estudia, para encontrar un trabajo que le permita entrar en el mundo de la literatura y evitar la realidad hostil de su pueblo. «En esta novela, Luis hace un homenaje a su propia memoria», comentó Barrero, algo que fue confirmado por el propio Montero. «La novela tiene que ver con mi biografía, porque hay muchos recuerdos de la Granada que yo viví», explicó el escritor, que destacó la importancia de 1963 para la historia de España. «Aunque seguía existiendo una postguerra muy dura, comenzaron a darse las transformaciones que desembocaron en la Trans-

apasadumbrado. «Las apariencias engañan, y en época de represión mucho más, porque los espacios de libertad se viven en la clandestinidad», afirmó Montero en otro momento de la presentación, una lección que hay que rescatar de la memoria de los mayores. Ya ven, volvemos a la memoria, siempre presente, siempre necesaria.

La última actividad del EAQ fue la presentación de la colección de literatura negra de M. A. R. Editor, una cita conducida por **Pedro Antonio Curto** y que contó con la presencia de **David J. Skinner, Manuel Vidal, José G. Cordoní y Miguel Ángel de Rus**, editor cuyo acrónimo da nombre a M. A. R. Editor. Rus explicó que su apuesta por la novela negra responde en igual proporción a la buena acogida del público, y a las posibilidades que ofrece el género para abordar muy diferentes temas «y matar a quien quieras», comentó con sorna. Cada uno de los autores presentó su novela: *Augo, pecado mortal*, de David J. Skinner; *26*, de José G. Cordoní; *El curandero y otros relatos*, de Manuel Vidal, y *Extraña noche en Linares*, de Miguel Ángel de Rus, que hizo las delicias del público animando y salpicando de risas la presentación.

Y llega el momento de cerrar esta crónica y, con ella, la actividad del EAQ. Apurando estas últimas líneas, permítanme simplemente reconocer un año más el esfuerzo del gran equipo que hace posible que la programación de esta carpa se desarrolle de la manera que lo hace. Los han visto a lo largo de todo el certamen corriendo de acá para allá, buscando y presentando a los ponentes de cada charla, solucionando los imprevistos que tienen lugar de vez en cuando, ajustando el sonido de los micrófonos, tomándose también alguna cervecita (qué demonios). Y todo ello mientras hacían malabares con el implacable tic-tac del reloj. En fin, unos fieras. Siempre es un placer compartir este rincón con ellos y, por supuesto, con ustedes, amigos lectores. Así que, si el *dire* lo tiene a bien, nos emplazamos para la próxima edición. Porque esta Semana Negra cierra hoy sus puertas, pero ya comienza la siguiente, créanme (están locos estos semaneros).



Javier Tébar, José Manuel Estébanez y José Fernando Mota.



Miguel Barrero y Luis García Montero.

PROGRAMA

DOMINGO 13

11.00 Inicio de la distribución gratuita del número 10 de *A Quemarropa*.

12.00 Acto de clausura de la XXVII SN.

14:30 Acto de despedida a los autores de la XXVII Semana Negra en **Moreda de Aller**.

17.00 **Apertura del recinto de la SN:** Feria del Libro. Mercadillo interétnico. Música en el recinto. Terrazas. Atracciones de feria.

Apertura de **exposiciones:**

- JOSÉ MUÑOZ (carpa de Exposiciones).
- MUNDOS DEL TRABAJO (carpa del Encuentro).
- VOY A LA ESCUELA (calle Palafox).
- FOTO Y PERIODISMO.

18.00 (Carpa del Encuentro-CdE) Presentación del *X informe de derechos humanos en Colombia* por el Colectivo Colombiano de Refugiados en Asturias, con la presencia de Mauricio Valiente Otts, Ana Andrés Ablanado y Javier Orozco Peñaranda.

19.00 (CdE) Médicos sin Fronteras: *Fotoperiodismo y conflicto*, a propósito del cómic *El fotógrafo*. Con Ruma Barbero, Javier Bauluz y Chema Martínez (expatriado de MSF).

20.00 (CdE) Presentación de *El derecho a la libre determinación del pueblo del Sahara occidental*. Con Javier A. González Vega, José María Martín Morillo y Gemma Arbesú Sancho. Conduce Yahya Mohamed Edjil (OAPSO).

20.45 (CdE) Presentación de *Un paso al frente*, de Luis Gonzalo Segura. Con Vicente A. Menéndez y Alberto García Llana.

MÁS TARDE EN LA CARPA DEL ENCUENTRO 21:30 h. Música: —BLACK HORDE

GANADORES

PREMIO HAMMETT (A LA MEJOR NOVELA POLICIACA DE 2013 ESCRITA EN ESPAÑOL)
La estrategia del pequinés. Alexis Ravelo (España). Alrevés.

PREMIO ESPARTACO (A LA MEJOR NOVELA HISTÓRICA DE 2013 ESCRITA EN ESPAÑOL)
Shakespeare y la ballena blanca. Jon Bilbao (España). Tusquets.

MEMORIAL SILVERIO CAÑADA (A LA MEJOR PRIMERA NOVELA POLICIACA DE 2013 ESCRITA EN ESPAÑOL)
No llores, hombre duro. Mariano Quirós (Argentina). Eduvim.

PREMIO RODOLFO WALSH (A LA MEJOR OBRA POLICIACA DE NO FICCIÓN DE 2013 ESCRITA EN ESPAÑOL)
[Desenterrando el silencio] Antoni Benaiges, el maestro que prometió el mar. Francesc Escrivano, Francisco Ferrándiz, Sergi Bernal y Queralt Solé (España). Blume.

PREMIO CELSIUS 232 (A LA MEJOR OBRA DE CIENCIA FICCIÓN O FANTASÍA DE 2013 ESCRITA EN ESPAÑOL)
Hijos del Clan Rojo. Elia Barceló (España). Destino.

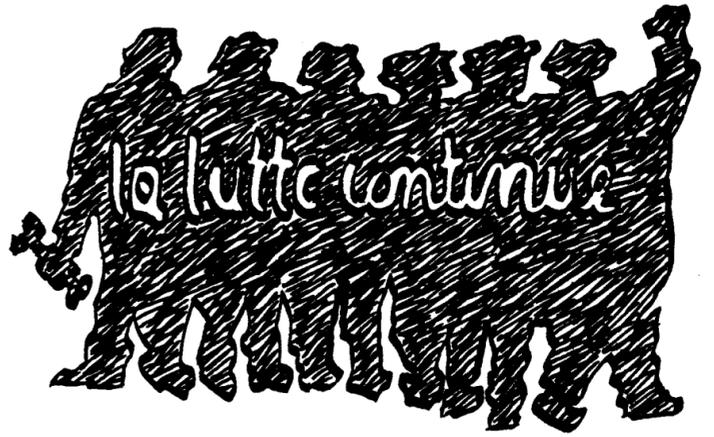
CONCURSO RELATOS NEGROS SEMANA NEGRA
Dos hombres de negocios. Francisco Bescós.

PREMIO BAN!-SN
Dolores Redondo.

Asturias Motor 



¡Nueva Dirección! Ctra. Gijón-Oviedo AS-II, Km. 5 Porceyo



LA LUCHA CONTINUA

EL DIRECTOR DE AQ RECOMIENDA

El año pasado clausuramos la XXVI época de *A Quemarropa* con un magnífico poema de **José Agustín Goytiso** que parecía hecho a propósito para resumir este gran quilombo, esta Disneylandia para niños trotskistas, este culebrero edén de diez días, este grandísimo cronopio, esta hermosa legión de rebeldes que es la Semana Negra. Me van a permitir que me repita: es tan condenadamente bueno que no puedo resistirme.

*Amigos ya lo veis pasan los años
y parece que ahora
sigan las cosas como el primer día.*

*Nos hemos reunido ciertas veces
en extraños cafés [...] hemos charlado largamente
redactado los pasquines hasta el alba
discutido el problema
y siempre nos decimos que esto acaba
que no puede durar
y muchos hemos apostado cenas no sé dinero
a que antes de fin de año algo suceda
y siempre hemos perdido. [...]*

*Y sin embargo os digo que tenemos razón
y que vale la pena continuar
porque algo está ocurriendo [...] porque el mundo camina
con el paso implacable de hombres como vosotros
que creen en la vida y que por eso
mueven el mundo sin pegar un tiro
mientras sea posible
o bien pegándolo.*

Gracias, amigos. Nos vemos en la XXVIII.



Aller adictos

solicita tu tarjeta gratis

Y CONSIGUE DESCUENTOS EXCLUSIVOS
EN TODO EL AÑO

ALOJAMIENTOS, RESTAURANTES, TURISMO ACTIVO Y MUCHO MÁS

www.alleradictos.com



CÓDIGO DE LA PROMOCIÓN

 turismo.aller

 TurismoAller

www.alleradictos.com

#AllerAdictos

• información: info@aller.es

985 481 439

